

—Os lo comunicué á vos, reverendo padre.

El inquisidor vió al soslayo á fray Angel.

El fraile se estremeció.

—Vuelva al tormento, dijo Clavijero.

El padre Pontolongon fué atado segunda vez, entónces los verdugos dieron dos vueltas, y el miserable rugió como una fiera.

—Hablad.

—Señor, señor, decia jadeando de dolor, yo lo denuncié ante fray Angel, no sospecheis de mí, yo soy enviado secreto del tribunal para espiar al rector de san Nicolas, al señor Hidalgo y Costilla.

—Vuestras credenciales?

—Aquí están, señor, respondió el infeliz sacando unos papeles grasientos de entre sus harapos.

Examinó el inquisidor los documentos, y llamando aparte al clérigo, empuñó con él una conversacion acalorada á cuyo término le dijo:

—Marchad mañana mismo á la villa de san Felipe, levantad informacion de lo que pase, ese cura Hidalgo es un hombre peligroso; debiais haber comenzado por donde habeis concluido. Yo os mando que sin pérdida de tiempo os pongais en camino, id primero á Valladolid, donde recibireis las órdenes mayores; ya se le avisa al obispo, y os presentareis como vicario del curato; se os entregarán unos pliegos que abrireis ya en la Villa de san Felipe; obrad como se os prevenga, vedme en mi casa para ministraros los recursos que necesitais para ese viaje. Padre Pontolongon, vos sois la persona mas á propósito para ese asunto, ved que la religion pelagra y algo mas que vos no comprendeis.----Olvidad lo del tormento, este fray Angel es un imbécil; se os recompensará como mereceis. Conque idos y no olvidar que os espero esta noche.---- En fin, me duele haberlos maltratado; pero os aseguro una espléndida indemnizacion.

El clérigo olvidó el tormento por un instante para entregar-

se á la satisfaccion producida por las palabras de Clavijero; no obstante, murmuró por lo bajo:

—Juro á Dios que con alguien he de desquitar las tres vueltas que me han dado en esa infernal rueda!

Besó la mano al inquisidor, quien ordenó fuese puesto en el acto en absoluta libertad.

II.

—Fray Angel, dijo el inquisidor, si no estuviérais compensado con la herida que recibisteis, os enviaba al *potro* como esta luz que nos alumbrá.

Fray Angel de la Divina Infantita dió un salto como un mono de goma elástica.

—Sosegaos, y seguid en la averiguacion.

El fraile hizo llamar al señor de Ramos, que hasta la figura habia perdido bajo los harapos de la miseria.

—Decid cuanto sepais sobre las declaraciones y aseveraciones y confesiones de vuestro cómplice.

El barbero no necesitó ser compelido con la amenaza del tormento para soltar la lengua, pero siempre se aterrorizó al siniestro aspecto de aquella escena de caníbales.

—Señor inquisidor, dijo el señor de Ramos, yo nací en Valladolid, mi padre fué el señor don Ignacio de Ramos, casó en segundas nupcias con la señora mi madre doña Fulgencia Ordosgoiti y Berrenechea, de la vecindad de Purépero, siendo hija de don.----

—No la tomeis de tan léjos, contad lo que hay de positivo con respecto á la bruja.

—Decia, señor inquisidor, que yo era hijo de la segunda esposa de mi padre, y que desde pequeño fuí educado en las máximas cristianas, y que yo soy católico apostólico romano, y traigo conmigo la bula de la Santa Cruzada, y obedezco los pre-

ceptos emanados de la autoridad canónica y eclesiástica, á quien respeto y venero.

—Responded á lo que se os tiene preguntado.

—Deseo, señor, no dejar punto omiso alguno; porque debo observar á mis jueces, que sin necesidad del *corporis afflictive*, es decir del tormento, soy muy capaz de responder á todo lo que sé y aun mas si se me pregunta.

—Bien.

—Pues como iba yo diciendo, habia en Valladolid una jóven recatada, honesta, pura y amante á guardar los preceptos de la madre Iglesia; yo la amaba, por supuesto que con la intencion cristiana de enlazarme con ella; ella no me amaba de ninguna manera; entónces busqué una tercera persona que me abocase con la jóven, y como las viejas sirven para esas cosas de una manera tan edificante, ocurri á una de tantas llamada la madre Paulina. Protesto que ignoraba lo de las brujerías y aun lo dudo.

—¿Lo dudais? preguntó agriamente el fraile.

El señor de Ramos, creyendo llegada la hora del tormento, exclamó:

—No, no lo dudo, reverendo padre; por el contrario, lo creo como si lo viese; ¿yo dudar? libreme Dios! si eso de las brujas es tan cierto como que S. E. el señor inquisidor está delante de nosotros.

—Bien.

Los verdugos estaban deseosos de agarrar entre sus uñas al barbero, que se defendia como un desesperado.

—Su reverencia presenció lo demas, es decir, la zurribamba de palos que me plantó el estudiante Pedraja, (por cierto que conservo aún los cardenales en las costillas), despues caminábamos por el Monte de las Cruces y yo os extraje la bala, ¿no es cierto?

—Que pongan en libertad á ese mentecato, dijo el inquisidor; ya estoy atarantado de oirle, quitadle de mi presencia!

—Yo desearia, excelentísimo señor, dijo el barbero, que V. E. me expidiera un_____

Llegaba á esto de su discurso, cuando el alguacil Lanzarote le interrumpió, sacándole del salon casi suspendido de una oreja.

—Aunque me la hubiera arrancado, dijo el señor de Ramos, me daria por muy satisfecho al verme libre de las garras de estos beduinos.

III.

La familia Marroquin se presentó en el banquillo.

Ya hemos dicho que Branciforte era implacable en sus odios, y aquella infeliz familia era presa de su rencor en una cuestion de vil interes.

El virey queria ver desaparecer á Marroquin y tomar sus bienes en la confiscacion, así es que habia ordenado á Clavijero su muerte.

Espantoso es considerar, que hay hombres que se prestan como un instrumento ciego á las venganzas sangrientas de los poderosos, y mas aún que estos miserables, por congraciarse con sus señores, refinen la crueldad en los momentos supremos de la realizacion.

—Estais acusado de *heregía mixta*, dijo el fraile.

El viejo Marroquin quedó silencioso.

—Se os acusa de propagar ideas contra la religion católica, difamando al venerable clero, y haciendo mofa de las prácticas católicas.

—Eso es una impostura, dijo con dignidad el anciano mientras sus hijos gemelos temblaban de terror.

—Medios en vuestras palabras.

—Señor, dijo Marroquin, mi conciencia no me acusa de ningun crimen, soy hombre honrado y mis creencias son las cristianas.

—Sois un hipócrita infame! exclamó furioso fray Angel.

Encendióse el rostro del viejo, aquellas palabras lo electrizaron, porque un insulto es un rayo sobre la frente de quien no cree merecerlo.

Marroquin volvió la vista y se encontró con la de sus pobres hijos, y guardó silencio ante la ofensa que fray Angel acababa de dirigirle.

—Se os acusa de haber evocado á los espíritus malignos.

—Señor, exclamó el anciano, dígame de una vez que se me quiere perder, y no se me sujete á un interrogatorio que no le hace honor al tribunal.

Clavijero lanzó una mirada de basilisco y entregó al anciano á los verdugos.

No era al tormento *previo* al que se condenaba á Marroquin; era á la misma muerte en los dolores mas íntimos de agonía, de martirio y desesperacion.

“Cuando el crimen, dice un historiador, estaba superabundantemente demostrado, el tormento *previo* se hacia inútil; pero para que la barbárie no perdiese en ello nada, habia la *tortura*, que era designada con el título paliativo de tormento ordinario ó extraordinario, segun los medios mas ó ménos activos que desplegaban en ella.”

En el salon habia los útiles necesarios para aquella espantosa ceremonia: tenazas para arrancar las carnes, manoplas de hierro para ponerlas en las manos del condenado, despues de haberlas enrojecido al fuego; ingeniosos aparatos para hacerles absorber agua fria ó caliente y aun plomo derretido; cuerdas, instrumentos y borceguíes para el caballete, y otra multitud de aparatos en que la inventiva y el genio del infierno nada dejaban que desear.

Los verdugos dispusieron el caballete en forma de *Cruz* de san Andres.

A cada escalon del *potro*, fué amarrado cada uno de los miem-

bros de Marroquin, y las ligaduras se entraron en la carne y penetraron hasta los huesos.

Los gemelos temblaban como las hojas de un árbol sacudido por el huracan.

Por medio de un mecanismo particular, le dislocaron simultáneamente las coyunturas de los codos y las rodillas.

El anciano con una fuerza de voluntad que tenia confundido al inquisidor Clavijero, no exhaló una queja ni arrancó de su pecho un aye de dolor.

Adelantóse uno de los verdugos y blandiendo una gran vara de hierro, la descargó sobre el brazo derecho de Marroquin, crujió el hueso al astillarse, y el anciano no pudo contener un grito de angustia.

El inquisidor estaba impasible.

Un segundo golpe hizo saltar en pedazos el hueso de la pierna, que rompió la carne al fracturarse.

Uno de los gemelos hijo de Marroquin cayó muerto de terror, y el otro yacia con la mirada fija sobre el cuerpo mutilado de su padre, tenia los puños crispados y su cabello estaba erizado de espanto.

—Las *tenazas!* exclamó rabioso fray Angel, las tenazas!

Quando uno de los asesinos llegaba con el aparato fatal, el anciano Marroquin exhalaba el último aliento.

—Hemos concluido! dijo fray Angel, ha muerto antes de lo que se esperaba, voy á hacerlo constar en el proceso.

—A ese niño y á esa anciana, dijo el inquisidor, entregadlos á la autoridad ordinaria.

IV.

El inquisidor Clavijero ya estaba fastidiado con aquel espectáculo de sangre.

—Suspendamos esta diligencia para continuarla mañana.

—Falta solamente el señor de Treviño, dijo fray Angel.

—El portugues! murmuró Clavijero, será preciso manejarse duramente con él; la imprudencia de revelar el secreto de S. M., me hará caer en desgracia, y no quiero dar pretexto á una persecucion. Y luego añadió en voz alta: hacedle comparecer.

El alguacil Lanzarote trajo consigo á Treviño, que al oír los clamores de los condenados se habia preocupado de una manera siniestra.

El inquisidor se puso á leer los pliegos entregados por el clérigo Pontolongon, mientras fray Angel procedia al interrogatorio.

—Estais denunciado de haber hablado en las Cruces con una bruja.

Treviño no desplegó sus labios.

—¿Qué respondeis?

—Que fui presa de un sueño ó de un hechizo, porque en aquel fantasma descubrí á una persona conocida.

—¿Luego conf-sais que visteis y hablásteis á la bruja?

—He dicho que no puedo explicar lo que pasó en aquellos momentos.

—Ya sabeis, dijo Clavijero á fray Angel sin levantar la vista, ese hombre es portugues.

Fray Angel habló en secreto á Lanzarote, quien á su vez transmitió las órdenes al verdugo.

—¿Qué van á hacer conmigo? preguntó asustado el padre de Rosalía.

—Lo vais á saber.

Sentaron á Treviño y le hicieron meter el pie en el borceguí.

—¿Conque no podeis explicar lo acontecido? volvió á preguntar el fraile.

—He dicho que me es imposible.

Fray Angel hizo una indicacion al verdugo, que haciendo uso del mecanismo, comprimió de una manera tan terrible el pie de

Treviño con el borceguí, que el portugues lanzó un prolongado alarido que hizo estremecer á los actores y espectadores de aquella escena.

El pie de Treviño metido en el borceguí comenzó á triturarse á la presion de los tornillos, los huesos á romperse incrustándose unos en los otros, los tendones á reventarse, quedando á pocos momentos solo una masa de lodo y sangre.

Un segundo alarido, mas fuerte aún que el anterior, hizo levantar el rostro al inquisidor, y su torva mirada se cruzó con la del condenado.

Entonces los ojos de Clavijero se abrieron inmensamente como si fuesen á escaparse de las órbitas, sus labios palparon por una contraccion nerviosa, sus brazos se pusieron rígidos como barras de hierro---- al fin dejó oír un suspiro concentrado y dijo con voz entrecortada:

—Alvaro!---- Alvaro!----

—Hermano mio! exclamó el portugues, y cayó á plomo sobre el pavimento.

Al grito unánime de los hermanos Clavijero, á quienes la fatalidad colocaba en tan terrible situacion, respondió una carcajada de mujer, carcajada estridente, nerviosa, satánica, que retumbó en las bóvedas de la sala del tribunal como un eco del infierno.